

El Cardenal Silva Henríquez:

Una presencia en la historia de Chile



. 068437

Primera Edición: Abril 1999

Editores:

- Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez
- Universidad Católica Blas Cañas
- Coordinación General: Nello Gargiulo A.

Diagramación:

Leonora Oemick C.

Impreso en Nuevamérica Impresores

Nº 107268

Prólogo

Sin lugar a dudas, el Cardenal Raúl Silva Henríquez ocupa un lugar muy importante en la historia de Chile. Su palabra inspiradora y sus gestos proféticos marcan a una generación de chilenos, entre los cuales me cuento.

La gracia del Cardenal es que acercó la Iglesia a los pobres, se puso a la cabeza en la defensa de los Derechos Humanos e hizo dialogar a la Iglesia con los problemas más acuciosos de la sociedad chilena.

Nada humano estaba ajeno a la preocupación del Cardenal. De ahí que se comprometió en la construcción de viviendas, en la promoción de los campesinos, en la difusión de medios de comunicación social, en la situación obrera, en la ayuda financiera a los más humildes, y en tantas iniciativas que impulsó con fuerza y dedicación. " Usted ha hecho que la Iglesia chilena tenga credibilidad " le dijo en cierta ocasión un prelado Vaticano. Y eso es lo que mi familia y yo podemos testimoniar por la cercanía y la amistad que siempre nos dispensó.

Por mucho tiempo su legado permanecerá entre nosotros. El inspirará especialmente a quienes hemos asumido la vocación de servicio público y queremos una mejor calidad de vida para los marginados.

Las palabras y el testimonio del Cardenal Silva deberán servir también a los jóvenes que buscan dar un sentido realizador a sus vidas, de modo que puedan disfrutar de ellas en la entrega generosa a Dios y a los demás.

Este libro de la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez es un aporte valioso a la comprensión de su figura en nuestra historia.

EDUARDO FREI RUIZ TAGLE

Presidente de la República de Chile.

Santiago, Abril de 1999.

Una Biografía
del Cardenal Silva
Pbro. Miguel Ortega R.

Un Hombre Providencial

Después de la muerte del Cardenal José María Caro, dos figuras eclesíásticas se postulaban en Chile para suceder al Arzobispo de Santiago. Ellos eran Monseñor Alfredo Silva Santiago, Arzobispo de Concepción y Rector de la Universidad Católica, y el Obispo de Talca, fundador del CELAM y Asesor de la Acción Católica, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz.

Ambos con una amplia trayectoria y representativos de dos líneas de Iglesia: la una más *conservadora* y la otra más *progresista*. Sin embargo, el cable trajo una noticia sorpresiva. El Papa Juan XXIII había nombrado como Arzobispo de Santiago al Padre Salesiano Raúl Silva Henríquez, quien desde fines de 1959 era Obispo de Valparaíso.

Muy conocido dentro de su Congregación, de familia talquina, educado en Turín, profesor de Derecho y Moral en el Teologado Salesiano, Director de colegios y Presidente de Caritas-Chile.

Su nombramiento produjo comentarios. Nadie lo había imaginado para el cargo. Las opiniones se

dividieron. Tradicionalmente el Arzobispado de Santiago había pertenecido al clero secular. La presencia de un religioso como cabeza de la más importante diócesis del país, producía inquietudes. Llegó a Santiago, y durante más de veinte años lo que hace el Cardenal, lo que dice o lo que opina, vuelve al comentario, a la crítica o al aplauso entusiasmado.

Para algunos es un hombre polémico. Otros lo consideran providencial para este momento de la historia de Chile. Algunos ven en él la fuerza profética de una Iglesia servidora de los Hombres, mientras que para determinados sectores, es un hombre ambicioso, con más vocación de político que de Pastor.

Fascinante personalidad la de este hombre. Ha dirigido la Iglesia de Santiago y ha sido Presidente de la Conferencia Episcopal, bajo cuatro gobiernos, con ideologías y características muy distintas: don Jorge Alessandri, don Eduardo Frei, don Salvador Allende y el general Augusto Pinochet. Bajo todos ellos ha mantenido una sola línea consecuente con su fe, y ha entregado con claridad su pensamiento inspirado en los pontífices. Sin embargo, las críticas han sido implacables y la mayoría de las veces extraordinariamente duras e injustas. Las ha recibido siempre con tranquilidad. Su único temor ha sido

dañar u ofender a sus detractores, ya que se sabe también Pastor de ellos.

Muchas veces, en la intimidad de la conversación, le hemos preguntado: ¿cómo hace Ud. para resistir tantos ataques? Su respuesta, con una sonrisa, es siempre igual: "*No se preocupen. Al Señor le pasó lo mismo. ¿Cómo no me iba a tocar algo a mí?*" Y sigue su tarea con más convencimiento y con más tesón.

El Cardenal tiene un "lejos" y un "cerca".

Muchas veces, para quienes no lo conocen aparece terco, insensible, calculador y apasionado. Sin embargo, "de cerca" despliega su hermosa humanidad: acoge con especial simpatía en su casa, procura que quien lo visita se sienta cómodo, crea con él un clima grato y de confianza.

Ofrece un aperitivo preparado con sus propias manos. Comparte su mesa y se alegra cuando sus comensales saben apreciar lo que les ha preparado. Muchas veces, él mismo va al mercado a comprar los alimentos con que honrará a sus huéspedes. No le gusta comer solo. Llama por teléfono a sus amigos y los invita a tener un simpático momento de tertulia. Es capaz de los gestos más delicados y tiernos con quienes lo rodean. Jamás olvida traer de sus viajes un regalo para el personal

que lo atiende en su casa. Muy pocos saben, por ejemplo, que la noche de Navidad ellos están a la mesa y el propio Cardenal les sirve la comida.

Sabe reír con el último chiste conocido y sigue con preocupación el acontecer nacional y mundial. Normalmente, cada día conoce las opiniones más importantes que se vierten sobre la marcha de la Iglesia, sobre economía, política o cultura.

En sus afectos hay, sin duda, quienes se llevan de él una parte mejor: su familia, el Seminario, los Vicarios, los jóvenes y los pobres. Hemos sido testigos de cómo el Cardenal ama y defiende a sus amigos. Más de una vez lo hemos visto llorar al conocer el sufrimiento de los humildes, o defender acaloradamente la formación de sus seminaristas, o compartiendo su mesa con jóvenes de distintos sectores, o celebrando un aniversario o el Año Nuevo, con sus colaboradores más cercanos.

Tiene, eso sí, unos amigos preferidos. Ellos son los niños de la Aldea S.O.S., de Punta de Tralca. Delante de ellos el Cardenal se transfigura. Es el "tío Cardenal" para los niños. Y ellos lo aman, lo besan, le muestran sus notas y sus progresos.

Por eso, él tampoco los olvida y parte siempre con un cargamento de dulces, galletas o alimentos.

De estos niños es también su Catequista. En forma genial les explica el Evangelio, lo representa, lo vive y lo actúa.

Ellos no le despegan los ojos en cada celebración. Al verlo rodeado de estos niños he comprendido muy bien su vocación de seguidor de Don Bosco y cómo, gracias a Dios, el ser Salesiano lo lleva muy dentro de su alma.

Muchas veces el Cardenal resulta desconcertante. Es tímido y es extraordinariamente audaz. Es humilde y al mismo tiempo es capaz de mostrarse orgulloso. Una nota distintiva es su amor al campo y sus dichos pintorescos aprendidos en Loncomilla, cerca de San Javier. Defiende apasionadamente sus ideas. No le gusta imponerlas. Dialoga, discute, argumenta. A pesar de que se recibió de abogado en el año 1929, en realidad nunca ha dejado de serlo. No pierde jamás sus discusiones, sino que hábilmente, sabe incorporar a sus argumentos las razones de su interlocutor.

El Cardenal tiene un gran apego a su familia. Guarda un hermoso recuerdo de su madre, y él mismo afirma, que de ella recibió el amor, la bondad y la ternura para darse a los demás. Admira la figura de su padre, hombre enérgico, emprendedor, demócrata, que arriesgó la vida luchando por sus idea-

les. De él también recibió como herencia, la firmeza de sus principios, su coraje y su amor a la libertad y a la democracia.

El Cardenal es un hombre de contrastes. Impresiona verlo visitar una población, abrazar a una viuda, dialogar con un dirigente sindical. Allí se siente cómodo, acogido y amado como Pastor. Al mismo tiempo es solemne, serio, adusto y trascendente. Caminando hacia el altar de su Catedral, raras veces se le escapa una sonrisa. Puede al mismo tiempo entrevistarse con reyes, presidentes, pontífices o autoridades, con la misma simpatía y sencillez. Su pasado talquino lo ha marcado. Es "campechano", "cazurro" y penetrante. No dice todo lo que siente, pero, registra con exactitud todo lo que ve y oye. Esto le da un cierto aspecto misterioso. Nadie puede exactamente prever sus reacciones o decisiones. Menos aún, puede pretender ejercer influencia sobre él. Admite y escucha todas las opiniones, pero la última decisión es exclusivamente suya, y no se equivoca con facilidad.

Es necesario hacer una mención aparte, de lo que para el Cardenal significa Chile. Desde la casa paterna, vecindada aquí desde hace 400 años, los problemas del país, sus angustias y sus triunfos, fueron vividos por él cercanamente. Aprendió a amar a Chile, su tierra, su campo, su pueblo, su gen-

te, su historia y su paisaje. El Cardenal intuye certeramente lo que el pueblo piensa y quiere. Por eso se produce siempre una corriente de simpatía muy grande entre las masas y él. No es un afán publicitario, del cual carece totalmente, lo que hace que predicando en la Catedral o celebrando la Misa en una población obrera, sea recibido con aplausos calurosos por los fieles.

JUGARSE POR ENTERO

Sus homilías, en especial las de Fiestas Patrias, expresan y recogen su amor por esta tierra y por eso que él ha llamado tantas veces "*el alma de Chile*". El Cardenal se ha hecho intérprete de los valores espirituales y morales de nuestro pueblo. Para él las palabras *participar, respetar, dialogar, ser libres, "vivir en paz y en el Derecho"*, significan algo muy profundo: es lo que a lo largo de toda su vida ha visto y ha practicado. Para defender estos valores el Cardenal no ahorra esfuerzos ni sacrificios; se juega entero, aunque le signifiquen mil incomprendiciones.

Mucho se podría mencionar del Cardenal Silva Henríquez y su significado para Chile. Pero lo que destaca, me parece, muy nítidamente en este tiempo, es su gigantesca obra de Iglesia.

Inició su episcopado en momentos muy difíciles para la Iglesia. El Papa Juan invitaba al Concilio Ecu­ménico para renovar la Iglesia y permitir que un aire fresco entrara por sus ventanas. El Cardenal partici­pó activamente en el Concilio y se destacó en él, apoyando esta renovación eclesial. El Concilio lo marcó definitivamente. Eran tiempos en que se da­ban los primeros pasos para adaptar la liturgia, bus­cando urgentemente una "*identidad sacerdotal*", y sensibilizando a la Iglesia a las necesidades y ta­reas del mundo. Cierta pesimismo invadía a la Igle­sia post Conciliar. Era difícil ser Pastor en esas cir­cunstancias.

El Cardenal sintió el desafío. Convocó a la Igle­sia de Santiago a una gran Misión General, proba­blemente la iniciativa pastoral más importante de la arquidiócesis, en el presente siglo. Cada casa, cada cuadra, cada manzana o población fue visitada con el mensaje de la Misión. Miles de reuniones se rea­lizaron en las casas, en el campo y en la ciudad. A través de la radio llegaba el Mensaje de la Iglesia como una Buena Noticia. Así, surgieron dirigentes, comunidades, compromisos laicales, deseos de participar, y el rostro de la Iglesia apareció más atra­yente para los hombres.

El Cardenal invitó también a realizar un Sínodo de la Iglesia. Representantes de las Parroquias, Co-

legios, Universidades, religiosas, sacerdotes y laicos se preguntaron en varias etapas: "Iglesia de Santiago, ¿qué dices de ti misma?". Y fueron naciendo en la comunión eclesial acuerdos, orientaciones y decisiones compartidas, que marcaron decisivamente el futuro de esta Iglesia.

Una de las características del Cardenal Silva Henríquez ha sido la capacidad de responder con imaginación a las necesidades pastorales que se presentan. Cuando la situación política hacía que muchos hombres y mujeres sufrieran la represión, el Cardenal creó el Comité Pro Paz, en conjunto con otras Iglesias y confesiones. Conminado a cerrar el Comité, creó la Vicaría de la Solidaridad que tanto prestigio acarreó a la Iglesia por su defensa ardiente de los Derechos Humanos. Cuando la situación de los obreros y de sus dirigentes sindicales pasaba momentos de aguda crisis, el Cardenal creó la Vicaría de la Pastoral Obrera, para que apoyara sus organizaciones y formara líderes en el mundo popular.

Preocupado por aquellos profesionales que no tenían dónde investigar y que pensaban emigrar del país, el Cardenal creó la Academia de Humanismo Cristiano, para que ellos tuvieran un espacio donde pensar y no se perdieran estos talentos para Chile.

Al ver la necesidad urgente de formación juvenil, el Cardenal creó la Vicaría para la Educación, la Vicaría de la Pastoral Juvenil extraescolar y la Vicaría de la Pastoral Universitaria, convocando a miles de jóvenes en diversas actividades, como los Encuentros de oración, la Semana para Jesús o la Misión Joven.

Y así, muchas iniciativas del Cardenal permanecen silenciosas en la ciudad. No se muestran, no se conocen, como por ejemplo, la catequesis familiar, que revolucionó el sistema de enseñanza de la fe, haciendo participar a los padres en la educación de sus hijos. Su preocupación por los campesinos, para que tuvieran asistencia técnica y crediticia. Su permanente apoyo a las familias sin casa, para que lograran construir a través de sistemas cooperativos. El apoyo prestado a empresas de autogestión, o a una mejor atención a la salud de los pobres, o a la previsión de los sacerdotes, etc., todas ellas, iniciativas que sería largo enumerar.

No es una exageración decir que la mayor pasión del Cardenal a lo largo de su vida ha sido servir a los débiles y postergados. No siempre sus actividades en este sentido han tenido el éxito que suponía. Pero la intención permanente ha sido una: servir con desinterés a los que sufren.

Lo que destaca muy especialmente de su minis-

terio episcopal es, precisamente, su amor y su trabajo con los jóvenes y los pobres. El tiempo y la historia nos harán mirar y valorar con mayor perspectiva la transformación enorme que esto significa en la Iglesia de América Latina. Con el Cardenal Silva los jóvenes y los pobres sintieron la Iglesia como su espacio propio. Amaron a sus Pastores, escucharon sus palabras, esperan aún en Ella.

EL "GRAN MILAGRO"

"Usted le ha devuelto la credibilidad a la Iglesia", le expresó al Cardenal Silva el Cardenal Secretario de Estado del Vaticano. Y así ha sido. No olvidemos que hace algunas décadas se señalaba como el "escándalo del siglo XX", el que las masas populares hubieran abandonado a la Iglesia. Hoy podemos decir que el gran milagro de este tiempo, es que los pobres se sientan a gusto en ella y que crean en ella.

Para recuperar esta credibilidad es importante valorar la permanente defensa que el Cardenal ha hecho de los Derechos Humanos y de la dignidad del trabajador, especialmente a través de la Vicaría de la Solidaridad. Durante su periodo ha habido una verdadera pastoral de los Derechos del Hombre, entendidos como parte integral de la Evangelización. Se puede decir que ellos han logrado en-

carnarse armoniosamente en la catequesis, en la liturgia, en la oración y en la conciencia cristiana.

Es importante igualmente, apreciar la nueva organización de la Arquidiócesis que implementó el Cardenal en Santiago. Creó numerosas Parroquias. Organizó los Decanatos (conjunto de parroquias que se complementan y apoyan en su trabajo, reflexión y servicio a la comunidad). Creó las Zonas Pastorales y a cargo de cada una de ellas nombró a un Vicario Episcopal, para que en su nombre orientara la evangelización, se preocupara de la formación del personal apostólico y animara la fe de los creyentes. Creó, igualmente, Vicarías especializadas que apoyaran a las Vicarías territoriales en su labor. Los Vicarios han formado un estrecho equipo con él y han sentido en todo momento el apoyo y la confianza del Pastor en este servicio al Pueblo de Dios.

Para lograr este rostro nuevo de la Arquidiócesis, el Cardenal ha sabido también poner su confianza en el laicado. Una de las cosas que más impresiona a los extranjeros que nos visitan, es el rol activo y dinámico que los laicos tienen en la Iglesia. La gran mayoría de servicios y atención de la Catequesis, liturgia, animación comunitaria, formación de jóvenes, administración de bienes, organismos asistenciales o de labores de asistencia Jurídica y de Promoción comunitaria, lo realizan laicos de gran

valor. Incluso a éstas labores se han incorporado quienes no profesan la misma fe, pero desean aportar profesional o técnicamente al trabajo que la Iglesia realiza.

Hemos dejado para el último, el aspecto más importante de la personalidad del Cardenal y tal vez el menos difundido: el Cardenal es un hombre de Dios. No cabe duda que El es quien orienta su vida y sus actos. Diariamente hace oración en su capilla y celebra la Eucaristía. *"No puedo pasar el día -ha dicho- sin rezar la Santa Misa"*. Tiene con Dios una relación directa, cálida y espontánea. Se puede decir de él, que ama al "Buen Dios" entrañablemente. A veces dialoga con El, con la fe profunda de un campesino. O lo interpela y le discute amistosamente. Dios es parte de su vida.

La figura de Jesucristo da sentido e inspiración a todo lo que hace el Cardenal. *"A El lo conocí desde niño en el seno de mi familia. A El le consagré mi vida en mis años de juventud. Y a El también he procurado servir como Pastor de la Iglesia"*, decía en Pentecostés, inaugurando el Tiempo de Anunciar de la Misión joven. Su amor a Jesucristo se manifiesta cada vez que habla de El. Se emociona vivamente. Vuelca todo su ser en anunciar su palabra. Es imposible comprender sus actuaciones sin entender esta relación con el Señor.

En Jesús ve al hijo del carpintero y a los obreros de su país. Ve al niño de Belén y a todos los niños abandonados de la ciudad. O ve al crucificado y resucitado de nuestros días, con mil rostros diferentes. Igual cariño tiene a la Virgen María. En todas sus homilías la invoca o la menciona. La llama "Virgen Morena", "Madre de los pobres", "Madre del amor hermoso", "Virgen Santa", "Esperanza de Chile", o "Señora de América Latina".

Como Sacerdote y como Obispo, a Ella le ha confiado su ministerio. Y María ha sido su apoyo y su consuelo.

Muchísimas cosas es posible decir sobre el Cardenal Silva Henríquez. Muchas se dirán en el futuro. Los que hemos tenido el privilegio de trabajar cerca de él, bendicimos a Dios por habernos dado la oportunidad de conocerlo y de amarlo. Ha sido ejemplo de hombre, de padre, de cristiano, de sacerdote y de pastor.

El lema que escogió para su escudo episcopal ha marcado profundamente su vida. "La caridad de Cristo nos urge". Eso hemos visto en él. El lema, no sólo han sido palabras hermosas, sino que en el Cardenal se han hecho vida.

Dimensiones de la figura del Cardenal Silva

1 • El Discípulo de Don Bosco:
Monseñor Ricardo Ezzati

2 • El Buen Pastor:
Pbro. Miguel Ortega

3 • El Amor a la Patria:
Senador Gabriel Valdés

4 • El Amor al mundo:
Doctor Enrique Iglesias

5 • El Profeta:
Moseñor Tomás González



1. El Discípulo de Don Bosco

Monseñor Ricardo Ezzati

La Fundación Cardenal Silva Henríquez me ha distinguido con una comprometedora y desafiante invitación. Me siento honrado, agradecido y a la vez estremecido y confundido. Mi presencia y mis palabras aquí, no tienen más explicaciones que el afecto hondo y sincero y la veneración casi religiosa que he nutrido y nutro por Don Raúl: Insigne Pastor de la Iglesia chilena, llamado a asistir, como Cardenal, al Sucesor de Pedro en la tarea de Pastor Universal, un hermano Salesiano de extraordinaria estatura moral y un amigo cariñoso y fiel con el cual he compartido momentos y experiencias del todo singulares.

Aunque mi relación con el Cardenal tiene raíces anteriores, la vinculación más profunda con él data de comienzos de 1981.

Una vez concluido el funeral de quien fuera su confesor, el P. Simon Wojciski L., misionero Salesiano de nacionalidad polaca, me sorprendió con la petición de que yo fuera su confesor y padre espiritual. De un momento a otro y sin preámbulos, a los 39 años de edad, me vi convertido en padre espiritual del Cardenal Arzobispo de Santiago, una persona de 73 años, que yo admiraba, por cierto, pero del cual me distanciaba la edad y sobre todo, la sabiduría espiritual, la experiencia pastoral y la autoridad moral. Unas sencillas pala-

bras tuyas me animaron: “No tengas miedo, los Cardenales somos pecadores como todos los demás. Por esta vez dame la absolución: ya habrá tiempo para consejos”.

Desde ese momento y con ritmo creciente, comenzó a asomar y a consolidarse una intensa y honda comunión espiritual, una bella compenetración y sintonía vocacional: nos entendimos. Puedo afirmar que, el uno para el otro, fuimos a la vez hijo y padre.

Lo he acompañado en la etapa de la vida que se va, cuando las luces del escenario público están por apagarse o ya están apagadas y llega la hora de las grandes síntesis; cuando es necesario descubrir una nueva fecundidad para la propia existencia, un nuevo estilo de presencia y de servicio, y no sin desgarramiento interior, el hombre de brillantes realizaciones, rodeado a menudo de ilustres personalidades, fue escondiendo su vida en Dios y experimentando, en la soledad habitada de absoluto, el gozo sereno de la fecundidad evangélica: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24). Fui testigo de su interioridad, el tesoro escondido, la fuente y la fuerza propulsora de las motivaciones de su vida y de su energía pastoral. Fui conociendo el amor que lo apasionaba por Cristo; el propósito que

animaba su fidelidad en el desempeño del ministerio pastoral y el compromiso asumido de encarnar en la historia de su tiempo, el mismo amor de Cristo por los pobres y los pequeños.

Me han pedido que hable del carisma de Don Bosco en la vida del Cardenal. Mis primeras palabras no se han referido directamente al tema. Sin embargo, lo que acabo de contar es parte de ese carisma.

SIGNIFICADO DE DON BOSCO

La vida y el dinamismo pastoral del Cardenal no se pueden explicar, si no se tiene en cuenta la figura carismática de San Juan Bosco, Fundador de la Familia Salesiana y en especial, de la Sociedad de San Francisco de Sales, Congregación a la cual pertenece don Raúl.

Hablar de su proyecto de vida, es hablar del carisma Salesiano y del camino evangélico que conduce al Amor, recorrido por San Juan Bosco y por sus discípulos. El Fundador es un verdadero padre espiritual. En él se encuentran los rasgos fundamentales que dan identidad vocacional a los discípulos que lo siguen. También en el orden espiritual, el padre se refleja en el hijo, continúa lo más profundo del ser de su padre.

¿Quién fue, entonces, Don Bosco para el Cardenal Silva? ¿De qué manera los rasgos carismáticos del padre se hicieron presentes en el hijo?

Dejemos la narración al mismo Cardenal. El 2 de febrero de 1981, en la Catedral de Punta Arenas, tierra de los sueños proféticos de San Juan Bosco, el Cardenal dio algunos rasgos de su parentesco espiritual con el Fundador. Dijo: *“Don Bosco me ha conquistado, un hombre moderno, un hombre amante de su Patria, amante de los pobres. Un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe con una caridad infinita. Un hombre de Dios, al parecer, sin que nadie se diera cuenta... Me gusta Don Bosco”*

El asombro por la genialidad del Santo de los jóvenes lo convirtió en discípulo hasta que optó por quedarse con Don Bosco para siempre.

En este momento, se reeditaba la historia vivida por otro joven chileno, Don Camilo Ortúzar Montt, presbítero de sólo 31 años de edad y ya Vicario Apostólico de Tarapacá, quien había acudido a Don Bosco para pedirle consejo sobre su vocación religiosa. “Quédese con Bosco, le dijo el Santo. Yo le prometo pan, trabajo y paraíso”... Esa misma tarde, Don Camilo comenzaba el noviciado, siendo el primer Salesiano chileno. A lo largo de la vida, confie-

sa el Cardenal, Don Bosco le enseñó varias cosas “y la primera fue a confiar en Dios: ¿qué irá a pasar?...¿ cuántas luchas me esperan? No lo sé. Si Dios me llama, El pensará por mí ... he de confiar en el Señor... Dios me ayudará y la Virgen Santa no se olvidará de mí”.

En la escuela de Don Bosco aprendió a centrar la vida en Jesucristo, descubierto como “regla viviente”, a cultivar la unión con Dios, atento a la presencia del Espíritu y a ser contemplativo en la acción.

Me parece importante destacar este rasgo espiritual desde el comienzo. Del Cardenal Silva, en efecto, se suele apreciar la exuberante actividad pastoral, la multifacética acción social, las sorprendentes y audaces iniciativas en el campo de los derechos humanos, de la justicia social y de la política. Se valoran sus empresas proféticas y visionarias en el campo de la educación, de la comunicación, de la vivienda social, de la reforma agraria, de la cultura, etc... Todo ello es verdadero, pero todo ello tendría una explicación insuficiente y parcial si no se considera la fuente, la energía y sobre todo, quién lo inspiraba.

San Juan Bosco sintetizó la mística de su acción misionera en la expresión bíblica: *“Da mihi animas,*

coetera tolle" (Dame las almas, toma lo demás). El Cardenal Silva se identificó con la expresión de San Pablo "*Caritas Christi Urget Nos!*" (La Caridad de Cristo nos apremia). Materialmente las expresiones son distintas, pero formalmente son idénticas. También la motivación sobrenatural es la misma. El amor de Cristo es el núcleo unificado y la motivación desde la cual, padre y discípulo, se comprenden y desde la cual Don Raúl emprende cosas grandes.

El impulso apostólico que lo mueve es la caridad pastoral. Lo apremia el amor de Cristo. Desde esa interioridad apostólica, la entrega se vuelve signo eficaz del amor de Dios a los hombres.

Una síntesis hermosa de lo que acabamos de afirmar, se encuentra en la última homilía pronunciada por el Cardenal como Arzobispo de Santiago. En esa ocasión, lleno de emoción exclamó: "*Gracias, Señor, porque he respondido a tú llamado, con amor... Más de una vez sentí a mi lado tu voz que me daba ánimo, que me decía: No tengas miedo. No seas cobarde, sigue..... Yo quiero hablar con tu voz, quiero amar con tu amor... Tú eres mi Padre, Tú eres mi amor, el único amor de mi vida*".

UNA EXPERIENCIA DE ESPIRITU SANTO

Un Fundador, recibe de Dios un Don original y

vive, a la vez, una experiencia del todo particular. Se trata de un Don y de una experiencia espiritual difícil de definir, porque su fundamento y dinamismo propulsor, es la caridad, es decir la realidad teológica que constituye la Iglesia en cuanto tal. Es un Don y una experiencia común a todos los fieles. Pero a la vez, se trata de un modo original de vivir la Alianza con Dios, de un estilo particular de santidad y de una presencia apostólica inédita en la Iglesia y el mundo.

Es “la índole propia de cada Instituto”, “su patrimonio espiritual”. En este sentido, los Salesianos de Don Bosco, son una comunidad de bautizados que, dóciles a la voz del Espíritu, se preocupan de realizar el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres.

Un importante documento post conciliar, titulado “Mutuae Relationae”, afirma que “El carisma de los Fundadores (ET11) se revela como una experiencia del Espíritu Santo, transmitida por los Fundadores a los propios discípulos para ser por éstos, vivida y custodiada, profundizada y constantemente desarrollada en sintonía con el cuerpo de Cristo, en perenne crecimiento “(MR11).

Es por eso que cada Familia Religiosa, en la pro-

pia Fundación, descubre la presencia del dedo de Dios. También los Salesianos “con sentimientos de humilde gratitud”, creemos que el carisma de Don Bosco “no es, sólo fruto de una idea humana, sino de la iniciativa de Dios. Para contribuir a la salvación de la juventud, el Espíritu Santo suscitó, con la intervención materna de María, a San Juan Bosco. Formó en él un corazón de padre y de maestro, capaz de una entrega total y lo guió en la empresa de dar vida a diferentes fuerzas apostólicas, la primera entre todas la Sociedad Salesiana”.

Raúl Silva, religioso Salesiano, Obispo y Cardenal ha sido llamado a ser heredero fiel, a la vez que creativo, de esa experiencia del Espíritu. Es parte viva del carisma Salesiano presente en Chile desde 1897, jalonado de emblemáticas figuras que han vivido, custodiado y desarrollado el carisma de Don Bosco, influyendo con ardor y originalidad en el desarrollo de su historia. Hombres de fe, que muchas veces habrán meditado las palabras escritas por Don Bosco en la Introducción a la Regla de Vida: “en todo cargo, trabajo, pena o disgusto, no olviden jamás que, estando consagrados a Dios, sólo por El deben trabajar, y únicamente de El esperar recompensa”.

No me cabe duda que entre ellos y junto a Mons. Fagnano, el dinámico iniciador de la presencia salesiana en las tierras australes, junto al P. Egidio Vigano, VII sucesor de Don Bosco, se

encuentra el Cardenal Raúl Silva, la contribución más significativa del carisma Salesiano a la Iglesia chilena.

EL CORAZON DEL CARISMA SALESIANO.

La invitación es acercarse, ahora, a la experiencia del Espíritu, suscitada en la Iglesia a través de Don Bosco. Ayudará a conocer el corazón del Cardenal. El centro y el motor de la consagración Salesiana es la caridad pastoral, que se caracteriza por su tensión de síntesis vital y simultánea entre Dios y los hombres.

Dios y el hombre son los dos polos inseparables del dinamismo constitutivo de la caridad pastoral. Más aún: en esta tensión de síntesis vital, la fuerza intuitiva procede de Dios, ya que en la caridad, el amor de Dios es causa del amor a los hombres, pero en una forma tan real que, -como afirma San Juan- el amor de Dios no es verdadero, si no se concreta en el amor a los hombres: "En esto conocemos el amor, en que El dio su vida por nosotros: nosotros también debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos" (1 Jn 3,16) .

La energía de mutua y dinámica correlación, de inseparabilidad entre los dos polos de la caridad pastoral, para el Salesiano, es una gracia. El Padre

Egidio Viganó la llamó “*gracia de unidad*”, por la cual la consagración y la misión no son dos momentos yuxtapuestos. La promoción humana y la evangelización, el Evangelio y el desarrollo del orden temporal, no son realidades contrapuestas, sino partes integrantes del único plan salvífico de Dios en favor de los hombres... El Cardenal Silva no se ha cansado de trabajar por la promoción integral del hombre, como no ha dejado de orientarlo contemporáneamente a Cristo, hombre perfecto y Señor de la Historia.

De su fundador aprendió la inseparabilidad de “formar honrados ciudadanos y buenos cristianos”. En su concepción se es “honestos ciudadanos porque buenos cristianos”, se evangeliza educando y se educa evangelizando.

¿No se encuentra aquí explicación de algunas dudas y sospechas que han surgido a veces, acerca de la tarea pastoral desarrollada por el Arzobispo de Santiago? De Don Bosco y de la praxis Salesiana aprendió que la promoción humana, especialmente de los más desvalidos, a la que debía dedicarse con espíritu evangélico, realizaba el amor liberador de Cristo y era signo de la presencia del Reino de Dios. Y actuó en consecuencia.

Me place recordar cuanto escribiera el P. Egidio Viganó acerca de este rasgo de Don Raúl: El Carde-

nal “buscó un modelo en quien valiera la pena inspirarse... lo encontró en San Juan Bosco. Su espiritualidad original, abierta también a los valores de la organización y de la técnica, puestos al servicio de los pobres, su santidad activa, su continua unión con Dios que ama al hombre, su equilibrio en las complejidades de la praxis, su fuerte personalidad eclesial en las difíciles vicisitudes de esa atribulada hora histórica, lo conquistaron”. (en: El Card. Silva H. Luchador por la justicia., O. Pinochet de la Barra, Ed. Salesiana, 1987).

LOS JOVENES Y LOS POBRES

La caridad pastoral de Don Bosco y el dinamismo apostólico que brota de ella se despliega preferentemente en un campo prioritario: los jóvenes pobres y el pueblo sencillo. La vocación Salesiana tiene el sello de un don especial de Dios: la predilección por los jóvenes, especialmente los más pobres y el servicio pastoral a los ambientes populares. Es su patrimonio más genuino. La familia Salesiana ha nacido del amor de Don Bosco por los jóvenes pobres y el pueblo sencillo. El tercer sucesor de Don Bosco, el P. Pablo Albera escribió: “Esta predilección, en su origen es un Don de Dios, es la misma vocación Salesiana, pero su desarrollo está confiado a la inteligencia y al corazón llamados a desarrollarlo y a perfeccionarlo”. (Cartas Circulares, 372).

En estas palabras veo reflejado el dinamismo

pastoral de Don Raúl. No sólo vivió intensamente el don de la predilección por los niños y por los pobres, sino que puso toda su inteligencia, todo su corazón y toda su pasión de hombre genial y de buen pastor, para desarrollarlo y perfeccionarlo de acuerdo a los requerimientos de la hora histórica que le tocó vivir. No es el momento para detenernos en las realizaciones que todos conocen.

Quiero destacar, aquí también la motivación sobrenatural de su amor a los pobres y a los niños. La predilección radical de Don Bosco por los jóvenes y los pobres, no se explica sin Jesucristo. Lo mismo podemos decir del Cardenal. La fuente cristalina y la vitalidad de su acción, se encuentra en el seguimiento de Jesús, en el contacto diario y prolongado con El y en la tarea de configurarse a imagen del Buen Pastor, que da la Vida.

Escuchemos una vez más la voz del Cardenal:

“Una segunda cosa que me enseñó Don Bosco es el amor a los pobres y a los niños, un amor profundo, un amor que desea ardientemente trabajar por ellos, ganarlos a ellos, hacerlos felices, que realmente se realicen como hombres y que puedan llegar un día a la Patria del Padre, dedicarme a ellos con tesón, con la generosidad, con la confianza y con el sacrificio con que lo hacía Don Bosco. Fue para mí un

bello ideal" (Cf. Boletín Salesiano de Chile).

Ustedes. son testigos de que el bello ideal es realidad. Se debería decir mucho más. Terminó con una bella descripción de San Juan Bosco. Antenoche, intenté sustituir el nombre de Don Bosco por el del Cardenal Silva. Me pareció tan natural hacerlo. Prueben Uds., también.

De las constituciones Salesianas:

"El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro. Admiramos en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico de las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al invisible.

Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio de los jóvenes y de los pobres. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas. Con la sensibilidad de un corazón generoso no dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud y de los pobres".

Lo único que realmente le interesó fueron las almas. *"En el retrato del padre he visto al hijo".* El carisma Salesiano es reflejado en Don Raúl.



2. El Cardenal Silva:
Un Buen Pastor
Pbro. Miguel Ortega R.

Resulta interesante preguntarse ¿cuál es el secreto que movía al Cardenal Silva Henríquez en su ministerio pastoral?, ¿de dónde sacaba su sabiduría?, ¿cómo lograba discernir sus palabras y sus acciones?

Yo creo que lo que explica la vida de este hombre, es una pequeña capilla de la calle Simón Bolívar al llegar a Suecia. Allí acudía el Cardenal todos los días a hacer oración, a dialogar con el Buen Dios, a bendecirlo por sus dones y a suplicar su ayuda. Lo que explica la pasión del Cardenal por servir a la Iglesia y amar a los hombres es su relación cercana y cálida con el Señor Jesucristo. El era su Maestro y su confidente. A El le entregó su vida. De El habló en cualquier tribuna. Por El se explica su misión de pastor y su vocación de profeta.

Si el Cardenal, en su capilla le hablaba al Señor de los miles y miles de analfabetos que había en el país, el Señor lo inspiraba a responder de modo concreto a esa necesidad. Nació así, la Campaña de Alfabetización, que fue una de sus primeras iniciativas.

Si hablaba al Señor del hambre que sufrían muchas personas en la ciudad, especialmente niños, allí, en la capilla de su casa, surgía el Programa de Alimentos de Caritas-Chile, o el mandato de crear

múltiples comedores infantiles en distintas poblaciones de Santiago.

Si al Señor le contaba de la situación de los campesinos, a los que tanto amaba, de la postergación en que vivían, de su situación de marginados en la sociedad, en esa oración brotaba la decisión profética de entregar los fondos de la Iglesia a esos campesinos, y de apoyarlos a través del Instituto de Promoción Agraria.

Si llegaba donde el Señor con las angustias de los pobres, ahí recibía la tarea de ponerse en acción, de buscar fórmulas de crear respuestas para responder a ese desafío. Surgieron de este modo muchas iniciativas, como la Fundación para el Desarrollo, el Instituto de Viviendas de Caritas, el Banco del Desarrollo y ¡tantas otras!

Si dialogaba con Dios la vida de los jóvenes, a los que tenía un afecto especial, en esa capilla iban desfilando respuestas como la Vicaría de la Educación, la Vicaría de Pastoral Universitaria, la Vicaría de Pastoral Juvenil, y como su testamento, el convocar a la Misión Joven para que Jesucristo fuera conocido y amado por la juventud.

Si su oración estaba centrada en los obreros y sus luchas, en sus derechos y en sus dolores, en

su capilla surgía el deseo de servirlos, de apoyar-
los, de prestarle sus palabras, de reconocer que la
Iglesia surge por iniciativa de un Carpintero. Nace
de esta manera la Vicaría de Pastoral Obrera.

Si la situación de Chile, si la persecución de mu-
chos se convertía en oración a El, Jesús crucificado
le hacía volver los ojos a tantos hermanos que su-
frieron la dolorosa crucifixión en la montaña. En ellos
veía el rostro sufriente del Cristo. Y como María,
comprendió que debía estar al lado de ellos, de pie,
con valor, para acompañar, consolar y defender. La
Vicaría de la Solidaridad tiene en él una motivación
nacida desde las entrañas del Evangelio.

Sí, el secreto del Cardenal Silva Henríquez está
en su relación con Dios. En ese diálogo surgía el
deseo de tener una prensa desde la cual proclamar
buenas noticias y nace "La Voz" o "Radio Chilena".

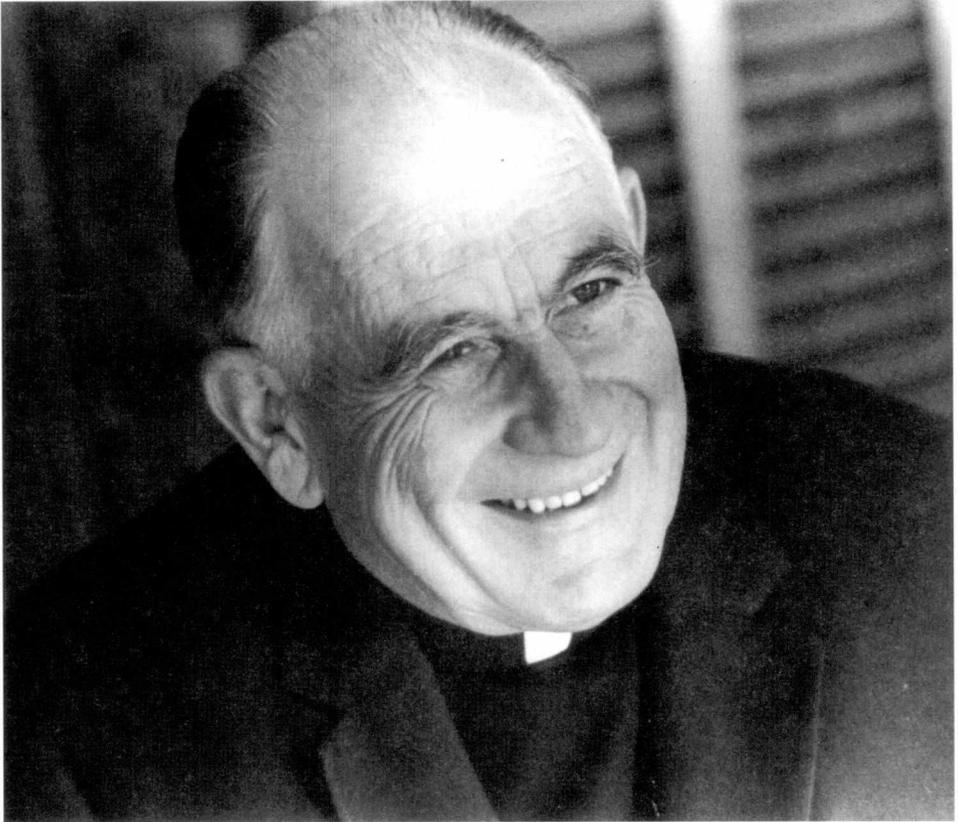
En ese diálogo, el Cardenal hace oración por la
Iglesia de Santiago que se le confió para presidir en
la caridad y servir como Pastor. Nace el Instituto de
Catequesis, el Seminario Pontificio Mayor que vuel-
ve a refundar, el Sínodo diocesano para aplicar el
Concilio, las Zonas Pastorales para servir mejor, ¡ y
tantísimas otras iniciativas !.

El Cardenal no era un líder político, aunque ob-

viamente le interesaba la política. No era un líder social, aunque tenía una honda inquietud por los problemas de la gente. El Cardenal era un hombre de fe, un hombre que creyó y amó a su Señor, que todos los días larga y reposadamente dialogaba y oía a su Dios.

Y posiblemente, aquí esté uno de los aspectos fundamentales que a nosotros nos falte hoy día. ¿Por qué se destruyen tantas familias?, ¿Por qué hay tantos jóvenes desorientados?, ¿Por qué hay tanto egoísmo en nuestra sociedad?. Simplemente porque a Dios lo hemos relegado a las alturas, a Dios no lo escuchamos, lo tenemos silenciado, no hablamos con El, no lo miramos.

El Cardenal hizo del Señor Jesucristo el corazón de su vida y la vida de su corazón. Ese es su secreto. Y ese es también su gran legado.



3. El Amor a la Patria Senador Gabriel Valdés

En la historia del fundador de los Salesianos, se narra que, ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1841, tomó como lema una frase de la Biblia: "Dame las almas, lo demás no me interesa". Antes de su ordenación sacerdotal, anotó Don Bosco en un cuadernillo: *"Me empeñaré en guardar los siguientes propósitos: padecer, trabajar, humillarme en todo, y siempre y cuando se trate de guardar almas"*.

El discípulo no fue diferente de su maestro.

Pienso ésto cuando medito acerca de la vida y la obra del Cardenal Raúl Silva Henríquez. Quien vea las Memorias de Don Raúl verá que, también para él, ha sido cierto eso de padecer, trabajar y humillarse en todo, siempre y cuando se trate de salvar almas. En la historia de nuestra civilización han existido hombres y mujeres que, animados por la fe y dispuestos a jugar su vida por valores espirituales permanentes de libertad, justicia, solidaridad y dignidad de las personas, han comprendido el sentido profundo de su tiempo e iluminado su futuro, desafiando a quienes se aferran al pasado y a los temerosos del futuro. Así lo fueron en momentos claves, con repercusiones históricas: San Benito, San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, San Ignacio de Loyola, San Juan Bosco, Martin Luther King, el Papa Juan XXIII, el Padre Alberto Hurtado, la Madre Teresa de Calcuta

y tantos más.

En tiempos duros y oscuros para nuestra patria no sólo le fueron confiadas al Cardenal Silva Henríquez las almas de sus hijos, sino, el alma de Chile le fue puesta en sus manos por los predilectos de Cristo: los pobres, los perseguidos, los exiliados, los marginados que estaban "como ovejas sin pastor".

Sometido Chile, a una terrible filoxera moral, este chileno de tomo y lomo, tornóse en el cultivador del alma de Chile. ¿Y qué es el alma de Chile? Difícil es intentar una definición, pero se me ocurre que el alma de un pueblo es aquel vínculo social interior, que une valorativamente a su gente y que más allá de las diversidades exteriores y las contingencias de la hora, liga entrañablemente al todo social, en la construcción de su proyecto colectivo. Cuidar el alma de un pueblo, cultivar con justa medida ese entramado, que si llegara a deshilarse desintegraría una nación y quizás el más preclaro aporte de un hombre a su Patria. Ese es el cuidado del alma a una nación.

La historia quiso que el alma de Chile fuese confiada en las manos campesinas de un Silva, de los lares de Colchagua, de los Henríquez Encina de Talca, hombres fuertes, sólidos huasos en su postu-

ra, sencillez campesina y ladino sentido del humor.

Con la seguridad del que nada posee, pero todo lo tiene, nada le espanta y sólo Dios basta. El chilénísimo Cardenal actuó con brillo y admiración en el Concilio Vaticano II, enfrentó con serena y hábil presencia la crisis de los años setenta y asumió, como lo hicieron los grandes de la historia, los sucesos trágicos que pusieron término a nuestra democracia, creando un faro que irradió por el mundo entero.

Haciendo memoria, no puedo dejar de contar una anécdota que indica todo su carácter y las circunstancias que él tuvo que manejar.

HISTORIA DEL TE DEUM

Elegido Salvador Allende Presidente por el Congreso Pleno, fue a visitarme a mi despacho de Ministro de Relaciones, usando la amistad que de antiguo teníamos, y me dijo: *"Yo voy a asumir el mando tal día, pero quiero que después de la ceremonia de transmisión tradicional en el Salón de Honor en el Congreso Nacional, el Cardenal me ofrezca un Te Deum en la Iglesia Catedral"*. Yo le dije: *"Salvador, me parece un poco extraño el pedido, porque los Te Deum se han celebrado históricamente el "18" de septiembre que es la fiesta patria, pero no recuerdo ha-*

ber asistido a un Te Deum con motivo de la transmisión del mando. El Presidente recibe la banda, se ha subido a su carroza o coche y ha regresado a la Moneda seguido por sus Ministros".

"Esta revolución es completa -me dijo Allende-. Pero yo la quiero hacer con la Iglesia porque me interesa su apoyo, para que no vean que yo soy sectario". Le contesté: "Buen argumento, pero es romper un rito y un protocolo que la Iglesia mantiene con una severidad milenaria y en este caso chileno, centenaria". Traté de resistir la presión y le dije: "Voy a consultar al Cardenal, que es el dueño de la Catedral".

Consulté al Presidente Frei y me advirtió: "Anda a hablar con el Cardenal, pero ten cuidado porque vas a encontrar dos personajes muy particulares. No te embarques mucho en este asunto". Hablé con el Cardenal y me dijo, con sus ojos tan hermosos, tan grandes: "Esto es imposible, no se ha hecho nunca". En primer lugar, como era buen abogado, ponía las excepciones dilatorias. Dijo: "La Catedral no es mía, es de los canónigos, que son extremadamente complicados y difíciles, yo he tenido varios líos con ellos y no quiero tener éste, porque no lo van a entender, son eminentemente conservadores, de la Catedral se entiende", Entonces agregó: "Además Salvador Allende es masón".

"Don Raúl -le dije- en los tiempos que corren eso no es tan significativo, porque los masones son buenas personas, son muy amigos de todos": "Puede ser -me dijo-, pero es marxista".

Habló con los canónigos y encontró un rechazo unánime. Me dijo: "Mire, este asunto es político, de manera que voy a proceder con mi autoridad. Dígame al señor Allende que es muy difícil, salvo con una fórmula: que no sea dado este Te Deum sólo por la Iglesia Católica, sino que se use la Iglesia Catedral por todas las Iglesias como un saludo a quien legítimamente ha llegado a ser Presidente de la República. Y así no me comprometo yo, nos comprometemos todos, él queda contento y yo en paz con mis canónigos".

Llamé a Salvador Allende, le conté esta situación y me dijo: "Mucho mejor de lo que yo pensaba, porque quiere decir que entonces no soy el Presidente de la Unidad Popular sino el Presidente de todas las Iglesias": Quedó feliz. Se celebró este Te Deum, creo que quedó incorporado a nuestro ritual actual y a nuestro protocolo. Esto demuestra el gran lazo de la patria, en un momento en que muchos de sus hijos en el exilio interior o exterior, cantaban aquello de dulce patria, mientras se les impregnaba de acidez la boca y de luto el corazón. Los sauces de Babilonia, fueron para miles de chilenos las vere-

das del Sena, el hormigón de Nueva York, la planicie de Bélgica y Holanda, los pinos de Roma, los hielos de Suecia, Moscú escuchando "Volver". En México, colgaron sus arpas mis hermanos mientras el hielo de la muerte y la tortura estremecían a Cuatro Alamos y a los cipreses de Villa Grimaldi.

Del temple de sus antepasados, de la nobleza que da el agro, de la hondura de su fe, el Cardenal Silva sacó fuerzas durante años y años en esta tarea. A veces en la soledad más absoluta, en la incompreensión de los poderosos, aún en el desconcierto de los propios hombres de Iglesia y ciertamente la desaprobación de los hombres de Estado. En sus escritos admirables dícese: *"La patria no se inventa ni se trasplanta, porque es fundamentalmente alma, alma colectiva, alma de un pueblo, consenso y comunión de espíritu, que no se puede amedrentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos"*.

"De aquí fluye -agregaba- con imperativa caridad, nuestra más urgente tarea. Reencontrar el consenso, más que eso, consolidar la comunión en aquellos valores espirituales, que crearon la patria".

En su origen el Cardenal Silva proclama en su Catedral, como lo hacía San Ambrosio en Milán, como las fibras esenciales en el alma nacional, los

valores de la libertad, el primado del derecho, el primado de la fe, el desarrollo solidario como nuevo nombre de la paz y la grandeza de la política como función superior de servicio al pueblo. Su emocionado y memorable discurso en los funerales del Presidente Eduardo Frei Montalva, sus Te Deum de 18 de septiembre, así como sus homilías están cruzadas por estas claves de lectura, por ello, en un escrito síntesis del 19 de noviembre de 1991, llamado "Mi sueño de Chile", dirá:

"Me preguntan por el país que sueño, que deseo, y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados, quiero que en mi país todos vivan con dignidad, quiero un país donde reine la dignidad, quiero un país donde se pueda vivir en amor y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo pueda decir, que vuelva su mirada hacia el Señor".

Ya lo había dicho.

En los funerales del General Schneider, el 26 de octubre de 1970, afirmó: *"No venimos sólo para llorar al padre, al amigo, al jefe, sino para proclamar nuestra fe en los grandes valores que su sacrificio encarna; la patria no ha muerto y llora emocionada con noble entereza ante el sepulcro, que es también emblema de grandeza ciudadana y*

mudo y elocuente testimonio de amor a las nobles tradiciones".

Lo repitió en forma premonitoria en junio de 1971, en las exequias del ex Vice- presidente de la República y ex Ministro del Interior Edmundo Pérez Zujovic: *"Dos veces, dos hombres, ya es demasiado; tenemos que matar el odio antes que envenene y mate el alma de nuestro Chile".*

El cuidado del alma de Chile lo llevó el 24 de septiembre de 1973, al Estadio Nacional, convertido en campo de prisioneros y allí les dijo: *"Quizás muchos de Uds., no me conocen. Me llamo Raúl Silva Henríquez, soy el Cardenal de la Iglesia Católica. Soy representante de una Iglesia que es servidora de todos y especialmente de los que están sufriendo; quiero servirlos y, como el Señor, no pregunto quiénes son ni cuáles son sus creencias o posiciones políticas. Me pongo a disposición de los detenidos".*

Partiendo de estos comienzos dramáticos, el cultivo del alma de Chile lo llevó a defender como uno de sus elementos esenciales, el don y la tarea de la libertad. Dijo: *"en Chile no tiene cabida o vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social, que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional. El cuerpo social sería incapaz de asimilarlo por extraño a su esencia.*

Expresará que: *"Debemos educarnos para respetar los poderes o instancias en que el derecho se genera, se interpreta y se aplica y a los hombres que lo encarnan"*. Dijo esto en momentos extremadamente difíciles como todos recordamos.

Un tercer elemento clave del alma patria es, a ojos del Cardenal Silva, la solidaridad. Este tema no sólo está tocado en 1971. Está repetido en 1991 en una doble variante. Por una parte, la búsqueda de una sociedad equitativa. Por otra, el eco de la enseñanza de Pablo VI: el desarrollo solidario es el nuevo nombre de la paz.

En 20 años, esta tarea de una sociedad con equidad, a pesar de los significativos avances, está inconclusa, no ha sido posible lograrla. Aquí doy mi propia opinión, la que dio el Cardenal en su momento. No hay en Chile la necesaria solidaridad, que es una virtud esencial del corazón, porque no es un mero mecanismo económico. Dijo don Raúl en el Te Deum de 1977, preguntándose: *"¿Será necesario recordar que el espectáculo de excesiva riqueza exaspera a los que gimen en su extrema pobreza?"*.

Los pronunciados desequilibrios en la distribución de bienes y expectativas, no solamente ofenden a la justicia y al amor, sino preparan también estallidos violentos de una desesperación colecti-

va, en lo que poco o nada quedará ya de justicia y menos de amor. Luchar por la más justa nivelación económica, recordar a los privilegiados que no son más que administradores de bienes que el Creador destinó a todos los hombres, urgir las conciencias y los mecanismos jurídicos para que se amplíe más y más la participación de los pobres en la renta nacional y en el proceso que la produce, todo esto, es trabajar directamente por la paz.

No voy a citar las innumerables obras que el Cardenal realizó desde 1955 cuando funda el Instituto Católico de Inmigración, después Caritas, Invica, etc., pasando por la Fundación para el Desarrollo, Instituto de autogestiones, el Banco del Desarrollo, la Fundación Cardijn, el Comité Nacional de Ayuda al Refugiado...

No cabe duda que la obra de más trascendencia fue la Vicaría de la Solidaridad. *"La victoria del espíritu sobre un frío egoísmo mediante la solidaridad jurídica y económica"*. *"Diez años atrás, dice el Cardenal en 1977, su Santidad Pablo VI escribía su Encíclica sobre el Desarrollo de los Pueblos, para recordar a todos, que la solidaridad universal es un hecho, un beneficio y un deber. La avaricia, escribía el Papa, encierra hombres y pueblos en su propia prisión, endurece, cierra, desune, los condena al subdesarrollo moral. El liberalismo sin freno, añadía, que*

considera al lucro como motor esencial del progreso económico, la competencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como derecho absoluto sin límites ni obligaciones sociales; este liberalismo conduce a la dictadura y genera el imperialismo internacional del dinero".

Qué palabras tan ciertas y tan actuales.

Finalmente, le parece al señor Cardenal, que forma parte de la médula de Chile el primado de la fe sobre toda forma de idolatría.

Señala en 1974 que esto es parte de la misión profética de la Iglesia. Ello hace de toda comunidad evangélica un signo de contradicción. Dice entonces: *"Esta misión coloca frecuentemente a la Iglesia en una cierta tensión o polaridad contra quienes detentan el poder. No se trata por cierto de una oposición sino de una independencia crítica que le permite a la Iglesia, ejercitando su rol de conciencia, discernir en qué grado se respeta la dignidad del hombre y los derechos que le son circunstanciales. Esta doctrina de la quintaesencia del alma de Chile, acuñada en los momentos trágicos de su historia, revela no sólo la gravedad de la hora, sino la grandeza de quien la engendra con fuertes dolores".*

Chile tuvo su brecha, su dolorosa y casi interminable brecha, pero tuvo un hombre que la llenó con su dolor y sus lágrimas, que nublaron tantas veces su hermosa y profunda mirada e hicieron temblar su voz tan poderosa.

Lo saludamos hoy con emoción los chilenos. Lo vi recibir el aplauso vibrante de la Asamblea de las Naciones Unidas, por su defensa de los Derechos Humanos. Se llama Raúl Cardenal Silva. A él le sean dadas las gracias por una de las más grandes gestas de la República, que narrarán no sólo nuestros hijos, sino los hijos de los postreros de nuestra progeie.

Chilean cleric honored for rights stand

By JOSEPH C. DAY

WILLIAMSTOWN — Probably the most overlooked honorary degree recipient at yesterday's 138th Williams College commencement was a heavy-set little man, with dark eyes peering from beneath heavy brows.

Kevin H. White, the Boston mayor with political charisma, was there and people noticed. Saturday, the press doggedly followed Andrew Young, the outspoken American ambassador to the United Nations. Everywhere, hundreds of fans watched for Robert Redford, the new successor to the Gable and Newman legacy.

The little man in black academic robes walked quietly at the end of the academic procession. He sat with hardly a movement until invested with an doctor of divinity degree by John W. Chandler, college president.

Amid many solid white, Anglo-Saxon Protestant names, his was singularly foreign: Raul Cardinal Silva Henriquez, archbishop of Santiago, Chile.

He seemed uncertain at some points over what he should do. He was in a whirl, a Babel of English quite unknown to his more gentle Spanish. Members of the audience, however,



Raul, Cardinal Silva

who knew Cardinal Silva's story understood why he was at Williams.

Human rights was the theme throughout the proceedings and Cardinal Silva's promotion of political freedom for some 11 million Chileans leads him — almost daily — into some kind of confrontation with his nation's three- and a-half-year-old military junta.

The government of President Augusto Pinochet Ugarte, which masterminded the bloody overthrow of the world's first freely elected socialist regime, is under heavy pressure at home and abroad to relax its rein on political expression. Cardinal Silva, 68, is a vocal leader of that opposition.

His political role, however, is meshed with a pastoral one. This March, the Chilean Conference of Catholic Bishops issued "Our Life as A Nation," as a plea to the government.

The document, of which Cardinal Silva was a principal architect, says there will be "no real peace in Chile" and no way "to purify the nation's image abroad" until the government "spells out" its repressive actions since the overthrow and death of Salvador Allende Gossens.

Here are some of the principal complaints critics level at the Pinochet regime:

—Disappearances. Since the overthrow, hundreds of political activists allegedly have dropped from sight.

—DINA, Chile's secret police or National Intelligence Directorate, is accused of involvement in

disappearances and surveillance and harassment of government opponents.

—Torture. Among the most serious charges is that political prisoners are tortured to force further revelations of opposition activity. Last year both the United Nations and Organization of American States called for reforms to end what is called "institutionalized violence."

—Assassination. Last October, Orlando Letelier, former Chilean ambassador to the U.S., was killed when his car exploded in Washington, D.C. Opponents of the Pinochet government say the incident and several others can be linked to DINA.

Williams president John W. Chandler called Cardinal Silva Chile's "principal voice of conscience" because of his forthright opposition to repressive government action.

The voice of the bishops, which tends to be clear but conciliatory, may be having some effects.

President Pinochet signed legislation last year that requires all prisoners to be charged within 48 hours after arrest and gives them the right to be examined by a doctor for evidence of maltreatment. A radio address earlier this year expanded on human rights.

4. El Amor al Mundo

Dr. Enrique Iglesias

Presidente del Banco

Interamericano del Desarrollo

Yo vine aquí fundamentalmente a decirle: "Gracias a Don Raúl, gracias a un gran pastor, gracias a un gran cristiano, gracias a un gran chileno y gracias a un gran amigo".

Quizá con un poco de audacia podría escribir un artículo que se llamara: Yo uruguayo y chileno de corazón, entre los grandes honores de mi vida, está haber conocido al Cardenal Silva Henríquez.

Conocí al Cardenal cuando llegué a Santiago. Entonces ya tenía muchos amigos que había cultivado en diez años de ir y venir a Chile. Conocía a la gente de la Cepal, conocía a los economistas, conocía a los buenos amigos que estaban en la vida política, pero llegué en un momento muy difícil para la Cepal, institución que había estado muy comprometida con la vida chilena.

La Cepal y Chile eran lo mismo y por lo tanto las tensiones ideológicas de alguna manera estaban presentes en la institución. En aquellas grandes controversias, había necesidad que la institución internacional retomara un poco su papel sin violentar sus principios, para tratar de convivir como institución internacional dentro de aquellas excitantes polémicas que ondeaban por Chile en aquellos momentos. Entonces decidí ir a ver al Cardenal y pedirle un consejo.

No lo conocía pero sabía de él; me habían hablado muchas veces de él. Lo encontré en el Arzobispado. Me recibió con una enorme afabilidad, su sonrisa cautivadora, su modestia, quizás sus raíces salesianas expliquen mucho de ese ser de don Raúl. Hablamos mucho y enseguida me di cuenta que yo estaba en presencia de una gran personalidad y que era un punto de referencia muy importante en mi gestión.

Hoy puedo decir que durante los magníficos trece años que viví en este país, él fue un padre espiritual durante mi presencia en Chile. A través de los difíciles años que me tocó vivir desde el año 72, conocí muchas facetas de nuestro Cardenal. Conocí la sensibilidad humana, de profunda raíz cristiana, los difíciles momentos que tuvo este país en el año 73 que todos Uds., conocen y que crearon un gran desencuentro en la sociedad chilena. Encontraron en el Cardenal, la figura que con tanto brillo describía Gabriel Valdés anteriormente, en medio de angustias, en medio de sufrimientos, en medio de pérdida de fe en sectores de la sociedad. Un Chile quebrantado y dividido.

Nos encontramos mucho con don Raúl porque obviamente le movían a él los mismos ideales y los mismos deseos que nos movían a nosotros. Conocí los momentos en que se creó el comité Pro-Paz,

a las pocas semanas de los acontecimientos conocidos. Me acuerdo de las conversaciones con él y con el Obispo Helmuth Frenz. Luego se creó la Vicaría de la Solidaridad que como se dijo muy bien, es una institución que hace honor a la historia de Chile.

Hoy, a la distancia, creo que eso se ve aún más claro porque en aquel momento se trataba fundamentalmente de aplicar la solidaridad sin calificativos, la solidaridad delante de los hombres y al mismo tiempo tratar de no perder la esperanza, hasta encontrarse una vez más y con todos los chilenos. Y así fue.

Recuerdo dos momentos muy importantes de aquella etapa.

Uno fue cuando le dije: "Mire, don Raúl. Nosotros tenemos que celebrar el día de los Derechos Humanos". Dijo: "Hágalo" Lo hicimos en la Parroquia Universitaria en una ceremonia no recriminatoria, no era nuestra tarea intervenir en los asuntos internos de Chile, pero sí recordar los principios fundamentales de aquella carta que Chile había suscrito y que queríamos recordar en aquellos momentos.

La otra circunstancia fue aquella cuando negociamos con las autoridades, la necesidad de que

nos facilitaran un lugar donde pudiéramos llevar a los asilados extranjeros, para ir promoviendo su salida del país. Debo decir que las autoridades recogieron ese pedido, lo apoyaron, lo aprobaron. Y así, con la banderita azul de las Naciones Unidas partió una operación con 300 personas que llevaron a varios miles que fueron saliendo ordenadamente con un gran respeto de las autoridades. Esta operación se quiso repetir en algún lugar de América Latina y terminó trágicamente. Aquí se hizo muy bien y las Naciones Unidas pudieron cumplir con su tarea, con el apoyo y el respeto que merecían.

Una vez, conversando con él me dijo algo que me hace pensar que ahí estaba presente fundamentalmente la solidaridad. Me dijo: "Mire, Enrique, no estamos nosotros amparando a ideólogos, sino a personas que sufren. Si los vientos de la historia hubieran corrido en sentido contrario, también estaríamos al lado de ellos". Esto me dio una visión clara de lo que es el sentido de la solidaridad sin adjetivos. Esa fue una de las experiencias más importantes que tuve en este país.

Conocí también al Cardenal amigo de los pobres. Era una especie de compromiso ético fundamental del Cardenal. Había empezado, según creo, en los 60 cuando se había creado la iniciativa para integrar la empresa con los trabajadores, y a través de

toda su historia, nos recordaba el Cardenal, tenía también esa preocupación permanente de la Cepal. Siempre había un punto de encuentro que nos permitía conversar sobre este tema.

La figura de Juan XXIII es muy importante. Nos recordaba permanentemente que él lo había hecho Obispo, Arzobispo y Cardenal, Sentía hacia esa figura una enorme lealtad. La verdad es que muchas de sus iniciativas fueron la respuesta angustiosa de los problemas que se vivían en aquellos momentos, la década perdida en toda América Latina. Con algunas personas que están aquí, queridos amigos, pensamos poder llegar a aliviar los problemas de la pobreza y de alguna manera esas iniciativas estuvieron en su mente y en su acción.

Conocí también al Cardenal chileno, chilenísimo como decía Gabriel Valdés, que para los que no éramos chilenos, veíamos en la historia del país, la historia de su vida. A él le tocó vivir el periodo del Chile tradicional, del Chile reformista, del Chile socialista, del Chile autoritario y no debe haber sido fácil mantener una posición frente a las circunstancias que debió vivir. Yo le tengo una enorme admiración en aquellos momentos, primero porque era un hombre de una gran capacidad moral y un gran coraje, que siempre supo reconocer las circunstancias y, sin transar en lo fundamental, tratar de pre-

servar el mensaje cristiano y evitar cualquier tipo de oportunismo. Sé que no fue siempre comprendido, pero siempre sentí que lo fundamental, esa mezcla de coraje y prudencia, lo hacía, sin dudas, una de las grandes figuras del Chile de esos momentos.

Conocí también al Cardenal peregrino internacional buscando recursos para sus obras, punto de referencia obligado. En cualquier parte que llegaba, el Cardenal presentaba a Chile. En ese momento representaba también al Chile de la esperanza y creo que en ese sentido todos tuvimos en él un verdadero embajador de este país, recorriendo el mundo.

Por último, yo quiero recordar al otro Cardenal, que me tocó también tener muy presente.

En 1985, llegó la democracia al Uruguay. Me fui de la Cepal, llamado por el Presidente Sanguinetti para ser el Canciller de la República en un momento muy emocionante para todos los uruguayos.

Le dije: "Mire, don Raúl. Ud., me tiene que acompañar. Primero porque es un país muy laico y es bueno que vean un Cardenal de vez en cuando. Pero aparte de eso, es muy importante que me acompañe para llegar con Ud., Yo quiero tener su bendición. Usted, en la valija lleva en montón de bendi-

ciones y se trae un montón de esperanzas. Y así fue. En el avión bajó él primero y después bajé yo. Me acompañó y por supuesto que sus bendiciones me ayudaron mucho, para ese periodo más importante de mi vida.

El Cardenal representa, no solamente para Uds., los chilenos, sino que para todos los latinoamericanos, un punto de referencia muy importante. De alguna forma supo mantener esos grandes equilibrios que son fundamentales en la vida y uno de los grandes pilares de la historia de Chile.

En la segunda mitad del siglo XX puede decirse que su legado, no consistió tanto en su contribución a la superación de los delicados problemas que enfrentó la sociedad chilena durante ese periodo, un periodo de transición y cambios muy profundos, sino en su mensaje, ese mensaje que fue recordado aquí, para construir en su país una sociedad más moderna, más equitativa, más solidaria, un desafío en el que afortunadamente están todos embarcados y todos reencontrados nuevamente y que pone a este país, en los umbrales del siglo XXI, en buen pie para lograr sus ideales.

Tal vez lo más importante del papel que le correspondió desempeñar durante esa extensa y dolorosa época, no fue su misión personal, fruto de la

formación, de la reflexión y de la oración que había tenido, sino quizás lo más extraordinario de este hombre tal como yo lo conocí, fue su inmensa sensibilidad a los signos de los tiempos, su disponibilidad frente a las necesidades de la sociedad como fruto de su espíritu evangélico, la hombría con que enfrentó a la luz de su conciencia, las más difíciles y cambiantes circunstancias. Por eso le digo a don Raúl hoy: "Gracias, querido amigo, por haberme hecho conocer el Chile profundo, gracias por haber conocido la solidaridad, gracias por no haber perdido nunca la esperanza en este país, gracias por haber conocido una Iglesia que yo no conocía. Y si Uds., me permiten, en lo personal, gracias por haberme hecho mucho más cristiano de lo que era cuando llegué a este país".



5. El Profeta

Monseñor Tomás González M.

Obispo de Pta. Arenas y Presidente de la
Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez

El siguiente texto corresponde a la homilía pronunciada en la celebración de sus 90 años.

Hermano en el Episcopado Cardenal Carlos Oviedo Cavada,

Arzobispo de Santiago.

Hermanos Obispos, Sacerdotes, Diáconos permanentes, Seminaristas.

Hermanos y hermanas en la fe.

Hermanos y hermanas de buena voluntad.

La Eucaristía que nos reúne alrededor de las dos mesas de la Palabra de Dios y del Pan de la Vida, nos hace vivir una experiencia *profética*.

Lo proclamaremos luego de la Consagración:

“Anunciamos tu Reino, Señor, hasta que vuelvas”.

Igualmente viviremos esta dimensión profética en la persona del Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo Emérito de esta Iglesia de Santiago.

Se ha querido anunciar desde el Chile actual y para el mundo entero, que la persona de Don Raúl que cumple hoy 90 años de vida, forma parte fundamental de nuestra historia nacional sea ésta cultural, civil, o religiosa.

Por este motivo la mesa de la Palabra nos ha hecho penetrar esta realidad. Somos profetas hoy y en preparación al nuevo milenio.

Esta exigencia de todo bautizado para ser *profeta* el Cardenal Raúl la vivió en forma extraordinaria.

Como tal, fue *cabeza y organizador de los cambios religiosos y sociales* de la sociedad chilena.

Apliquemos la palabra eterna del Señor a nuestra realidad vivida por la persona del Cardenal Raúl.

EL PROFETA ES ESENCIAL PARA TODA SOCIEDAD YA QUE SU MISIÓN ESTÁ INSPIRADA POR EL MISMO SEÑOR:

Dios suscita profetas *siempre*. Los hay en todas las razas, culturas y religiones. Su misión es fundamental para que una sociedad o un determinado modo de pensar existan y tengan permanencia en el tiempo.

Don Raúl nos acercó a Dios con su intenso estilo de oración. En todo momento, pero especialmente en lo más difícil para encontrar soluciones, recurría a largos momentos de intensa unión con su Señor.

EL PROFETA EN SU ACTIVIDAD INCLUYE A TODOS LOS HOMBRES Y MUJERES NO DEJANDO FUERA NI PERSONAS NI ESPACIOS DE LA SOCIEDAD:

Chile necesitaba apertura al mundo. Era un desconocido.

Don Raúl, que había penetrado profundamente en el alma de Chile, entregó lo mejor de su vida a esta misión.

Lo hizo con la teología como respuesta religiosa a los tiempos nuevos en el Concilio Vaticano II. Trabajó para integrar en esta sociedad a los pobres y a los desplazados fundando Cáritas y el Instituto Católico de Migración. Creó nexos de simpatía y de inclusión humana y valórica para los campesinos con la Reforma Agraria y para los obreros con la Vicaría de Pastoral Obrera. Respetó profundamente los diversos modos de pensar en los campos políticos y religiosos manifestados en el Comité Ecuménico Pro Paz y luego con la Vicaría de la Solidaridad.

EL PROFETA ES FORMADOR DE UNA CULTURA NUEVA, EXIGENTE PERO ANCLADA EN EL AMOR TOTAL:

Don Raúl vivió en forma absoluta su vocación

de religioso Salesiano. Por este motivo su actuar estaba basado en la metodología del amor.

Nuestra sociedad chilena se ha enriquecido con su presencia y las páginas de nuestra historia no pueden ignorarla o aminorarla.

Su famosa homilía sobre el “Alma de Chile” sigue siendo un llamado profético para construir la nación que necesitamos.

Aquí reside la fuerza del amor que hace a Don Raúl amable y bueno, pero austero y exigente. Esta es la respuesta, a veces incomprendida por algunos, que se da a la invitación del Maestro: “Si alguno quiere ser mi discípulo que tome su cruz”. Su grito más exigente fue: “*Respetemos a todos*”.

EL PROFETA ES ANIMADOR DE UNA SOCIEDAD NUEVA:

Cada época exige respuestas nuevas. El dinamismo del Espíritu de Señor debe ser inagotable. Se superan, así, las repeticiones de palabras o acciones que son asfixiantes.

Don Raúl creó obras nuevas sí, pero como respuestas a reales exigencias de la sociedad que es-

taba naciendo.

Así las aldeas S.O.S fueron respuestas para los niños marginados. La Academia de Humanismo Cristiano, la Clínica Indisa, para que los científicos se quedarán en su Patria para ser artífices de ciencia. El inicio de la Reforma Universitaria para dar mayor y real participación a la juventud. El proclama siempre que el derecho a la verdadera libertad exige respeto a diversas posturas de pensamiento.

Así se construye esta nueva cultura universal.

EL PROFETA CRITICA PERO CONSTRUYE:

Los profetas del antiguo Testamento, animados por la fuerza de su Señor y el gran Profeta Cristo son constructores de una cultura nueva.

Son críticos sí de aquellas estructuras que impiden encontrar al Dios verdadero y a su rostro humano presente en los pobres, los pequeños, los huérfanos, las viudas, los pecadores, los extranjeros.

Aquí reside la razón de existir de un verdadero profeta.

Como ser humano tiene sus límites y aún sus

equivocaciones, pero su búsqueda y adhesión a Cristo, profeta intachable, lo hacen luchador incansable.

Así es Don Raúl: un enamorado de la persona de Cristo, transmitida desde su niñez por su hogar, incansable en hacer amada y transparente a su Iglesia.

Es constructor, más que de obras que las hay y magníficas, de una *respuesta absoluta*.

Se puede decir que es un profeta definitivo que no se detiene sólo en lo cuestionable o en lo provisorio, sino que desea que nos sumemos a esta obra de hacer visible y palpable aquí y ahora el rostro de Dios.

Siempre quiso tener muy cerca una imagen artística de la Virgen María, como la Auxiliadora de un pueblo en búsqueda de reales valores.

Hoy día, al celebrar los 90 años del Cardenal Raúl lo encontramos anciano, cargado de años y de rica experiencia, y al mismo tiempo un orante incansable, un cariñoso y acogedor hermano y amigo, un religioso ejemplar, un sonriente y generoso padre de niños y jóvenes, atento e inquieto por lo que sucede en la Iglesia y en Chile.

El signo profético de la Eucaristía que continua-

mos celebrando en la mesa del Señor para la comunidad, nos pide que su efecto salvador perdure por nosotros siempre, hasta que Cristo vuelva.

Así Sea

(Catedral de Santiago, 27 de Septiembre de 1996)

Indice

Prólogo

Sr. Eduardo Frei Ruiz Tagle,
Presidente de la República de Chile.....Pág 5

Una Biografía del Cardenal Silva,
Pbro. Miguel Ortega R.
- Un Hombre Providencial.....Pág. 11

Dimensiones de la figura del Cardenal Silva

1.- El Discípulo de Don Bosco
Monseñor Ricardo Ezzati..... Pág. 29

2.- El Cardenal Silva,Un buenPastor
Pbro. Miguel Ortega R..... Pág. 45

3.- El Amor a la Patria
Senador Gabriel Valdés S..... Pág. 51

4.- El Amor al mundo
Doctor Enrique Iglesias..... Pág. 65

5.- El Profeta
Monseñor Tomás González M..... Pág. 75



Se agradece al Banco del Desarrollo y a Nuevamérica Impresores por su colaboración en la publicación.